



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 48. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Diciembre 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXV.

SUMARIO.

A nuestras lectoras, por la Redacción.—Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Chal, manguito, puños, rodilleras para señoras, chaqueta y botines para niño, todo de punto de aguja.—Diferentes fondos y cenefas de punto de aguja para capuchas y fichús.—Peto de punto de aguja para caballero.—Manga y limosnera elegante y con trenza de oro para vestidos.—Punta de corbata de bordado y tul.—Canastilla para la labor con bordado chino.—Porta-cepillos.—Musiquero bordado.—Tapete bordado.—

Canastilla para las llaves adornada de lambrequines.—LITERATURA: La hija de Jairo, poesía, por don Timoteo Domingo Palacio.—Bibliografía, por Angela Grassi.—La llave del jardín, por Teodoro Guerrero.—De Madrid á Lisboa (conclusion), por Nicolás Díaz y Pérez.—Espigas y amapolas, por Angela Grassi.—Conversación con las damas, por la Condesa de Valfiores.—Variedades.—Anuncios.—Explicación del figurín.

Á NUESTRAS LECTORAS.

Como dice nuestra ilustrada y espiritual cronista de la Moda, Doña Joaquina Balmaseda, se establece un lazo tal de simpatía entre las señoras y su periódico favorito, que aguardan siempre con el placer y la impaciencia con que se aguarda á un amigo, que es imposible romperlo cuando está reforzado con el trascurso del tiempo.

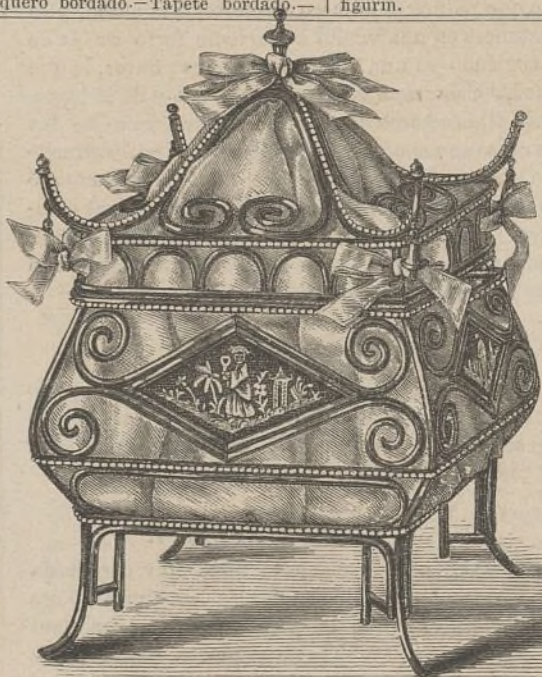
Juntas, pues, hemos llegado á la terminación del año 75; Dios quiera que lleguemos del mismo modo unidas al finalizar el año próximo, siempre atentas como ahora á complacer nos mutuamente.

Aunque EL CORREO DE LA MODA no necesita ya de programa, vamos á decir dos palabras á nuestras constantes suscriptoras.

Veinte y seis años de existencia cuenta ya EL CORREO DE LA MODA, veinte y seis años, durante los cuales ha ido realizando su propósito de ser el guía ilustrado de la mujer en todas las circunstancias de su vida, y el amigo fiel de las familias, pues si bien ofre-

ce en sus numerosos grabados, en sus preciosos figurines, modelos de sumo gusto y elegancia, para que las señoras vistan con el decoro propio de su clase, ofrece en sus columnas artículos de sólida instrucción, consejos y ejemplos de sana moral, para que puedan adornar también su alma con el manto esplendoroso é imperecedero de la bondad y la virtud. Ninguna publicación puede aventajar al CORREO en esta delicada obra, porque á ella sacrifica hasta el justo afán de la ganancia.

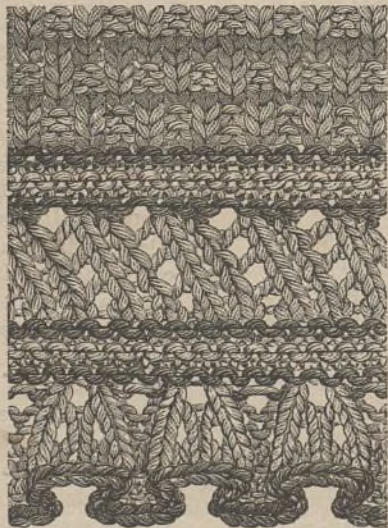
Así, pues, lejos de fomentar el lujo vano y dispendioso, abre cada día nuevas secciones de suma utilidad en el hogar doméstico, y no solo acompañan á los figurines y grabados patrones de tamaño natural y de una exactitud matemática, para que una señora pueda confeccionar por sí misma sus trajes nuevos, sino que la demuestra el modo de reformar los antiguos; no solo la enseña las labores más bellas y delicadas, sino el arte más práctico, aunque humilde, de zureir y remendar las prendas usadas, lavarlas y teñirlas, para que puedan prolongar su uso; y, si por último, la inicia en los secretos del tocador, la ofrece asimismo numerosas recetas de higiene y economía, para que á la vez que aparezca en los sa-



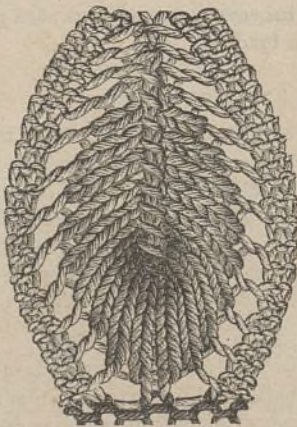
1. Canastilla para la labor. (Véase el núm. 2).



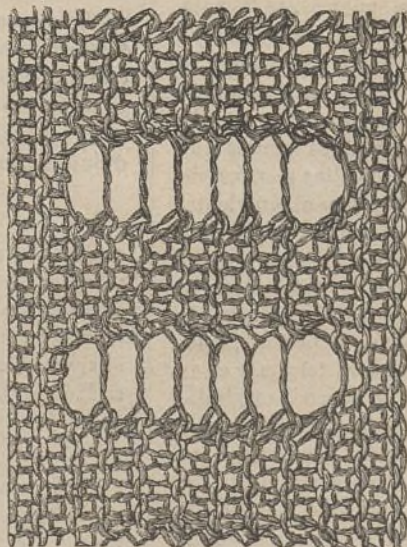
2. Bordado para la canastilla.



5. Cenefa y fondo para labores de punto



6. Hoja para labores de punto.



7. Punto de lana para el chal núm. 17.

lones con la decencia que la corresponde, sea un ama de casa inteligente y cuidadora.

Aunque ya hemos conseguido nuestro objeto, colocando al CORREO á una altura extraordinaria, sin embargo no dejaremos en nuestra noble empresa de mejorarlo progresivamente, haciéndole cada día más útil y necesario á todas las clases de la sociedad, para lo cual contamos, como hasta ahora, con el concurso de los padres y madres de familia y de todas las personas ilustradas.

EL CORREO DE LA MODA, además de ser inmejorable tanto en la parte literaria como en la material, ofrece la ventaja de ser el periódico más barato de cuantos se conocen en su clase, y atendida su importancia.

La inmensa tirada que se hace de él para cubrir la numerosa y cada vez más creciente suscripción, permite á la Empresa dárlo á precios muy reducidos, hasta el extremo de que las Señoras Directoras de Colegios que deseen utilizar los preciosos grabados de labores que enriquecen el texto, y los pliegos de dibujos para bordados que le acompañan, pueden adquirirlo por la insignificante cantidad de 13 pesetas al año.

Basta con esto para demostrar que la Empresa no perdona sacrificio alguno para ponerlo al alcance de todas las fortunas.

En Madrid, EL CORREO DE LA MODA se lleva á domicilio con una exactitud extremada.

Los precios, tanto en Madrid como en Provincias para el nuevo año, no sufren alteración ninguna.

LA REDACCION.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. CANASTILLA PARA LA LABOR.

La armadura, de junco barnizado de negro con filetes amarillos, es como el bordado que la adorna, de estilo chino, y su cubierta puntiaguda, con ángulos salientes, lleva campanillas y lazos: el núm. 2 ofrece el medallón ejecutado con seda de colores sobre fondo de raso negro; el forro es de seda amarilla, y los lazos de este color.

3 Y 4, 10 Y 11. CHAQUETA DE PUNTO PARA NIÑOS.

Materiales: lana gris, lana céfiro, negra y blanca.

El fondo se ejecuta á punto tunecino calado, cuyo modelo ofrece el núm. 3. La primera vuelta se hace á punto tunecino común, y en las

siguientes se saca un punto á través de dos de la vuelta anterior, y este luego á través del primer punto hecho (véase el núm. 3: al desmontar se atraviesa un punto de cadeneta por estos al biés y uno de los otros. El número 4 muestra la cenefa de la chaqueta núm. 11, que consta de 7 vueltas, y se une á la chaqueta por una vuelta de picots, pasando por los del cuello el cordón que sujeta la chaqueta. La cenefa núm. 4 es otra clase de punto tunecino, llevando de relieve dos puntos negros y uno gris sobre fondo blanco, y terminado con un feston negro. La chaqueta núm. 10 lleva como adorno la cenefa núm. 15 ó núm. 16, cuyas explicaciones van en su lugar correspondiente. Estas chaquetas son las mismas que ofrecía por delante el número anterior, y como toda labor de punto, debe ajustarse á un buen patrón, debiéndose tener presentes las indicaciones hechas para estas chaquetas, en ese mismo número anterior.

5 y 6. MUESTRAS PARA LABORES DE PUNTO.

El núm. 5 representa un fondo y cenefa para labores de punto, bien chaquetas, mangas interiores ó cualquiera otra prenda de abrigo: el fondo se ejecuta cada cuatro vueltas contrariadas, y cada una haciendo alternativamente un punto del derecho y otro del revés, haciendo para separar cada cuatro vueltas una con negro. La cenefa blanca y negra con entredoses calados, está hecha con trabillas y menguados, separados siempre por 2 puntos lisos, y colocando siempre la trabilla un punto más allá que en la vuelta anterior, para que resulten los calados en biés: cinco vueltas del revés y del derecho, las dos de las orillas negras, encierran el entredós, y la puntilla se hace por el mismo sistema de trabillas, y sin menguar, terminándola con una cadeneta de crochet con negro, y sujetándola por detrás con otra cadeneta en pliegues, lo que permite el mucho vuelo que saca la puntilla.

El núm. 6 representa una hoja, también hecha de punto de aguja, para sembrar pañuelos ó colchas, en un fondo de trab. y meng.: la hoja se comienza por abajo con 2 pts. del rev., una trab., uno liso, una trab. y 2 del rev., y se continúa esto mismo haciendo siempre los de las orillas una vez del revés y otra del derecho; la trabilla siempre en su sitio, y un punto más á cada lado del de el centro, con lo cual se va formando la hoja hasta darle un tamaño regular, volviéndola á cerrar por el mismo sistema.

7 y 17. CHAL DE PUNTO.

Cualquiera de los puntos de aguja que ofrece de continuo nuestro periódico, puede servir para un chal de este género que se ejecute en dos colores de lana á grandes listas: el chal tiene 180 cents. en cuadro, y el núm. 7 muestra el verdadero punto para él, hecho en solas dos vueltas, de este modo:

1.^a vuelta: uno del derecho, uno sin hacer, uno liso sobre el que se sobrecarga el anterior, una trab., uno sin hacer y uno liso sobrec., uno liso, y se continúa lo mismo toda la vuelta.

2.^a vuelta: Toda del derecho, y en cada trab. se hace un pto. del derecho y uno del revés:

Se continúa esto mismo á trozos alternados con unas cuantas vueltas lisas; un fleco de madroños de 10 cents. de ancho, le termina.

8. PETO DE PUNTO PARA CABALLERO.

Materiales: 105 gramos de lana blanca de medias, agujas de madera.

Empiézase por el borde inferior, y está hecho siempre del derecho, volviendo la labor, ó sea á punto de faja: el escote cierra á un lado con un botón además, de la cinta pasada por sus calados, y otras dos cintas en las puntas inferiores acaban de ceñirle al cuerpo. Se ponen 50 puntos en la aguja aumentando cada dos vueltas uno al principio y concluir, con lo que se obtienen al cabo de 100 vueltas 150 puntos: siguen con estos puntos 104 vueltas, y después hasta el escote 40 vueltas menguando cada dos vueltas al principio y al fin. Para el círculo del escote se reparten los puntos en tres grupos, á saber: 20 para cada uno de los lados y 70 para el centro, que se dejan en la aguja hasta tener hechos los lados: de estos el izquierdo tiene 24 vueltas, mientras el derecho puede alargarse ó acortarse, según el grueso de la persona, menguando lo mismo cada dos vueltas hasta terminar en 12 puntos á cada lado: terminado esto, se cogen las trabillas de los lados, y con los puntos del centro y ellas se hace el punto calado por donde pasa la cinta, y se obtiene con una vuelta de trab. y meng. entre otras varias lisas. Los triángulos de los lados se hacen cogiendo las trabillas del espacio liso, y haciendo 27 vueltas menguando de la manera explicada hasta terminar en 6 puntos.

9. RODILLERA DE PUNTO.

Materiales, para el par: 6 gramos de lana blanca, y agujas de madera.

Comiézase la rodillera por la parte de la rodilla, hecha de punto de faja y de este modo: se ponen 21 puntos y se hacen 15 vueltas, empezando la punta en la 16, aumentando siempre un punto antes y después del de el centro, con una trabilla en las vueltas de ir, haciendo en ella un punto en los de volver: de este modo se ejecutan 40 vueltas y siguen 14 lisas empezando luego á menguar del mismo modo y por el mismo orden que se empezó á crecer, terminando luego por otras 15 vueltas lisas, cerrando esta labor con algunas vueltas en redondo. Completan la rodillera 40 vueltas á cada lado de 2 puntos del revés y 2 del derecho, para lo cual se cogen las trabillas del borde, haciendo en la cenefa superior á la orilla una vuelta de trab. y meng., para que resulte calada y pasar por ella un elástico. Piquillos de crochet terminan los dos bordes.

12 y 13. PUÑO DE PUNTO.

Materiales: 17 gramos de lana céfiro, negra y 8 blanca.

Empléanse agujas de distintos gruesos para este manguito de punto con vueltas de crochet: hácese con agujas gruesas las cuatro tiras que simulan dobles pliegues, y con dos agujas más finas la parte de forro que se ejecuta á punto de faja, y al cual se juntan las tiras del derecho, á intervalos regulares. Se ponen en la aguja 96 puntos con lana blanca, y se hacen 3 vueltas blancas y 3 negras, siempre 2 puntos del derecho y 2 del revés: á la 7.^a vuelta se hacen juntos 2 puntos del derecho y 2 del revés, lo que reduce el número de puntos á la mitad, y se junta entonces en una vuelta la parte de forro con la de la cara cogiendo en una vuelta los dobles puntos, lo que hace quedar cada raya rizada de lo ancho y de lo largo. Para cada tira se hacen 10 vueltas de forro, y en las dos últimas rayas se mengua á las orillas para que estreche el puño. La vuelta es de crochet tunecino y cuenta 5 vueltas negras y una blanca, debiendo cerrarse el manguito por el revés con aguja de crochet y lana blanca. El núm. 12 muestra el dibujo de una de las rayas con el punto para la cara y para el forro.

14. PUÑO PARA VESTIDO.

Este adorno de manga con forro de linón, se llama puño á la inglesa y va adornado de trenzados con plata, de un cent. de ancho. El borde inferior se adorna con encaje negro y plegado blanco.

15. Y 16. CENEFAS DE CROCHET.

Ambas sirven para la chaqueta núm. 10 y para toda clase de labores de punto. Comiézase la primera, ó sea la núm. 15, por 3 vueltas de crochet tunecino con blanco, y á la cuarta vuelta, al sacar el punto, se hacen tres de cadeneta, conservando el último en la aguja, que es el que se desmonta al volver: esto se ejecuta un punto sí y otro no, contrariándolos á la vuelta siguiente, lo que da por resultado una especie de felpa ó punto rizado: en nuestro modelo ya una vuelta con blanco y otra con azul, terminando con unas onditas con blanco.

La núm. 16 es otro género de punto tunecino, solo que en vez de hacer como en la anterior, tres puntos de cadeneta un punto sí y otro no, se sacan 6 puntos que se dejan en la aguja, y luego uno por todos ellos, resultando la cenefa de conchas que deberán contrariarse á cada vuelta: un feston, por el que se pasa un soutache, la termina por arriba.

18. CORBATA DE TUL.

Sigue la moda de adornar las corbatas de cinta ó de tela con puntas de encaje, sea verdadero ó imitado. El que presenta nuestro modelo es una aplicación de batista sobre tul de hilo, hecho á cordoncillo muy fino y recortados luego los espacios exteriores para que resulte el dibujo sobre un fondo de tul.

19 Y 20. LIMOSNERA.

Es de faya negra forrada de linón y de tafetan, y emplea una tira al biés, de 21 centímetros de ancho por 26 de alto, que se reduce después de hecho á 16 centímetros de alto en el centro y 19 y 21 de ancho de arriba y de abajo respectivamente. La adornan dos hileras de trenza Hércules, un fleco de dobles borlas y un lazo de faya.

21. PORTA-CEPILLOS.

Es de madera esculpida y un verdadero adorno para gabinete de caballero: el fondo de madera tiene aberturas por donde entran los extremos de las dos bandas bordadas que sujetan los cepillos, y estas son de paño ó reps, más largas de lo necesario y con elásticos á los bordes

para que presten lo bastante para los cepillos: para el bordado hay numerosos dibujos en números anteriores. Las puntas de las tiras se clavan por el revers.

22 Y 23. MUSQUERO.

La montura de roble esculpido lleva en el centro un medallón bordado que ofrece el núm. 23. Puede bordarse con aplicaciones el motivo alusivo del centro, y con soutache de dos colores, nuditos y punto ruso la cenefa.

24 Y 25. BOTIN DE CROCHET PARA NIÑO.

No creemos que ninguna señora versada en esta clase de labores pueda necesitar más explicaciones que las que ofrecen claramente los grabados 24, 25, 3 y 4. Los materiales que se necesitan para el par son: 50 gramos de lana céfiro, 2 trabillas de piel de 3 centímetros de ancho por 4 y medio de largo. La parte de arriba se hace de punto de aguja.

26. TAPETE BORDADO.

Véanse los grabados 27 á 29.

El tapete se compone de cinco tiras de tela azul y cuatro grises. En estas se sacan los hilos para que formen cañamazo: esto es, pequeños cuadros que se bordan con cartón de bordar, y los motivos imitan modelos rusos, algunos de los cuales reproducimos en los núms. 37 y 39, mientras el 28 da la tira bordada en ejecución.

La coronita del centro puede servir para las iniciales.

30 Á 32. CANASTILLA PARA LAS LLAVES.

La adornan dos lambrequines ondeados en el borde, cada uno de los cuales mide 25 $\frac{1}{2}$ centímetros de largo por 7 de ancho en el centro y 3 $\frac{1}{2}$ en las puntas. La canastilla es de junco barnizado de blanco y pies y asa dorados, con tira de raso plegada al través y puesta todo alrededor. Una ruche, abanico y lazos completan su adorno.

JOAQUINA BALMASEDA.



LA HIJA DE JAIRO.

A LA SEÑORA DOÑA CAROLINA DE GAYOSO.

Un hombre, que es más que el hombre
por su voz y su semblante,
que lleva la luz delante
y á la humanidad en pos,
con magestad asombrosa
y con acento inspirado,
entre el pueblo extasiado
predica el reino de Dios.
¿Quién será? ¡Dulce consuelo!
Dicen que nació en Belén.
¡Ay que bien habla del cielo!
¡Ay que bien!

Vé, padre. Vuela á admirarle.
Yo le escuché cierto día
en que con santa alegría
llamó los niños á sí.
Y aunque tú, padre amoroso,
me prodigas tu cariño,
eres en amarme niño
junto al Padre que yo ví.
¡Cuál asombra á los Doctores
que le escuchan y le ven!
¡Ay que bien sabe de amores!
¡Ay que bien!

Con su palabra divina
están sus actos de acuerdo;
y en conjeturas me pierdo
sobre tan alto Doctor.
¡Qué caridad tan ardiente
con la menor criatura!
¡Qué saludable ternura
para el triste pecador!
Hasta al corazón más frío
lleva aromas del Eden.
¡Ay que bien obra, Dios mío!
¡Ay que bien!

El á los ciegos dá luz
y á tullidos movimiento,
y su balsámico aliento
hace las flores brotar.
Su voz los pechos inunda

de rica y amante calma,
y al escucharle mi alma
abrióse de par en par.
¡Quién le ha dado tal encanto?
¡Quién puede igualarle, quién?
¡Ay que bien ora ese santo!
¡Ay que bien!

Padre, ¿será algún Profeta?
¿será un ángel? Yo imagino
que su rostro peregrino
es del mismo Criador.
Del que fué dulce esperanza
al pueblo tan largos años.
Del que á remediar sus daños
ha de venir por amor.
Él bendice á los mortales
aunque alejados estén.
¡Ay que bien llora sus males!
¡Ay que bien!

Con autoridad sin tasa
que su alto origen abona,
llama, reprende y perdona
al que huyó de la virtud.
Y para gloria del mundo
su Omnipotencia divina
la vida entera domina
de la cuna al ataud.

Todo se ordena á tu nombre.
Bendito seas, amen.
¡Ay que bien sirves al hombre!
¡Ay que bien!

—Busca á Jesús, padre amado,
que se me acerca la muerte,
y acaso no llegue á verte
cuando regreses con él.
—Ten esperanza, hija mía.
—Solo en Él hay esperanza,
—Voy á partir sin tardanza
por el Santo de Israel.
Más, ¿dónde encontrarle, dónde?
—¡Ah! Si le llama el dolor
ya verás que bien responde
mi Señor.

—¡Compasion para mi niña!
No llores; durmiendo está
—¡Ah, Señor, ha muerto ya!
¡Quieres salvarla?—Sí, sí!
Por lo mucho que os amó
vuelva el calor á su frente.
¡Despierta, niña inocente!
¡Vengan los niños á mí!
—¡Quién ha tocado mi sien?
¡De amor estalla mi seno!
¡Ay que bien sanas, Dios bueno!
¡Ay que bien!

TIMOTEO DOMINGO PALACIO.

BIBLIOGRAFÍA.

LOS LIBROS DE GUERRERO.

¡Quién no conoce á Teodoro Guerrero, al infatigable escritor, defensor constante de la sociedad y de la familia? ¡Quién, sobre todo entre las señoras, no ha saboreado con verdadera delicia sus bellas producciones, todas encaminadas á realzar su sexo, á defenderlo contra las sinrazones del mundo, á consolarle en medio de las amarguras que le cercan? Ingratas seríamos si no abrigáramos una ardiente gratitud hacia el propagador del matrimonio, base sólida de las relaciones sociales y arca santa en donde deben hallar refugio las generaciones futuras, más dichosas que las que hoy, perdido todo estímulo y toda fé, cruzamos por el áspero sendero de la vida.

Una perla en el fango y Anatomía del corazón se han hecho populares, tanto en España como en Cuba, y si en estas preciosas novelas, basadas como todas las suyas, sobre el amor del hogar doméstico, el respeto á la sociedad y la firmeza de la fé en las creencias de nuestros antepasados, halla el lector honesto recreo y sábias enseñanzas, en los libros de lectura para las escuelas, siempre agotados, halla el niño trazada la senda que debe conducirle á alcanzar el triunfo del bien y la virtud. ¡Y qué diremos de los *Cuentos de salón*, publicados en compañía del así mismo popular escritor D. Carlos Frontaura, que han conseguido un éxito tan grande como merecido, figurando en todas las bibliotecas de las personas ilustradas?

Sin embargo, como si esto no bastase á satisfacer su febril actividad, su generoso afán de ser útil á sus semejantes, Guerrero va á publicar la *Biblioteca azul*, cuyo prospecto tenemos á la vista, y que se compondrá toda

de obras suyas, cuyos títulos son los siguientes: *El escabel de la fortuna*, que aparecerá en Enero; *Los mártires del amor*, *Fábulas en acción*, *Después de muerto*, *Al borde del abismo*, *De frente y de perfil*, *Los filósofos del día*, *España y América*, *Las huellas del crimen*, *Las tres aristocracias*.

Conocemos estas nuevas obras, que son libros amenos é instructivos, novelas, viajes, cuadros humorísticos y satíricos, fotografías sociales, páginas filosóficas y escenas de costumbres.

Serán impresas con lujo, en excelente papel, y costarán 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

Creemos que nuestras lectoras se apresurarán á suscribirse á la *Biblioteca azul*, llamada así por el color de sus cubiertas, aprovechando las ventajas que ofrece su editor á los que adelanten el importe de los seis primeros tomos, pues pagarán solo por ellos 40 rs. en Madrid y 50 en provincias, y tendrán derecho á recibir en el acto dos tomos, á elección suya, de los *Cuentos de salón*.

Independientemente de la *Biblioteca azul*, el Sr. Guerrero ha dado á la estampa otro libro humorístico, titulado *Las Llaves*, cuyo anuncio se halla en otro lugar, teniendo la exquisita galantería de dedicar á las lectoras de EL CORREO DE LA MODA el capítulo que damos á continuación, por cuyo obsequio, tanto en su nombre como en el nuestro, le enviamos las más expresivas gracias.

Madrid 14 de Diciembre de 1875.

ANGELA GRASSI.

LA LLAVE DEL JARDIN.

(Del libro inédito LAS LLAVES).

I.

Cuando el hombre se mira al espejo, experimenta diferentes sensaciones, que no es solo la mujer quien ante él se deleita; al contemplar su cabello cano y el deslustre de su cutis, se acuerda de la pasada juventud, de la perdida hermosura, y siente disgusto parecido al desconsuelo, porque una de las verdades que mejor se descubren, y con la que nos conformamos difícilmente, es convencernos de que somos viejos: es verdad que salta á la vista.

El hombre, en la edad senil, tiene otro espejo que le presenta su figura con los encantos de la adolescencia, con el vigor de la juventud; en él se mira como fué; pero al retratar la persona, le trae á la mente los tratos íntimos de su historia.—Ese espejo se llama la conciencia.

Ese espejo no tiene marco ni vidrio azogado; se aparece bajo la forma de diferentes objetos; por ejemplo, de una llave. No me desmentirá mi amigo Enrique; está apoyado de codos en la mesa donde escribo, y se pone pálido al presentarse una llave grande, muy mohosa, que viene, como todas las del cajón, á ajustar cuentas conmigo, aunque nada nos debamos. La llave no es mía, pero es de Enrique, y en este libro no hay tuyo ni mío; la llave es de todos los hombres.—Y va de cuento.

II.

Hace veinte años que Enrique y yo paseábamos siempre juntos, impulsados por una amistad verdadera, que ha sobrevivido á los años, á la ausencia y al estado; al estado, sí, porque mi amigo se conserva célibe, sin que haya mujer que le obligue á caer en la red; tiene miedo á su experiencia. ¡Desventurado! Mis consejos le parecen insidiosos y mis libros sobre la propaganda del matrimonio, detestables; no se casa por miedo, por no exponerse á la recíproca, pues cree segura la pena del talion.

Enrique, galanteador sempiterno y vago de oficio, seguía en la calle á cuantas mujeres encontraba al paso, por el ridículo placer de encerrarlas; que así se denominan, en la piratería callejera, el acto de acompañarlas hasta su casa, á más ó menos distancia, según las circunstancias lo permiten. Tipo que tanto abunda en Madrid es demasiado conocido para perder el tiempo en describirlo.

Una tarde tropezó Enrique en la plaza de Oriente con Rosario, que salía de un portal de la calle de San Quintín; Rosario era señora respetable por su clase y por su estado, pero tenía unos ojos y una boca tan hechiceros, que no inspiraban respeto, sobre todo al Tenorio, que se quedó mirándola embebecido; y apenas éste se repuso, corrió á colocarse, no detras, como barca en remolque, sino al lado, como buque en conserva; la dama, indignada, volvió la cabeza para espantar al pirata; pero sintió un estremecimiento inexplicable, y siguió su camino con el pasito de perdiz que toman las mujeres cuando huyen ó aparentan huir.

Enrique era hermoso y seductor sobre toda ponderación; su calva de hoy la cubría una cabellera graciosamente rizada; su barba gris era negra como la endrina; su talle no presentaba el desnivel del cuerpo producido

por el pronunciamiento del abdómen; así, contaba por días lo que llaman los franceses *les bonnes fortunes*.

Rosario era esposa ejemplarísima, y al mirar al joven no quiso darle alas para que siguiera en la atrevida empresa. ¡Por qué entonces al fijar en él los ojos se estremeció?—Hé ahí un fenómeno psicológico que abandono á la filosofía; no le miró con intencion, pero le miró; y este acto inocente, en el bloque callejero, equivale á izar bandera de parlamento.

Enrique le dirigió algunas frases, programa embustero de todo candidato, y ella apretó el paso, queriendo dejar atrás al pirata que le daba caza; el pirata forzó la máquina, y al llegar á la calle de Atocha, ella se detuvo rendida por el cansancio, pidiendo cuartel; Enrique no se arrodilló por respeto á la gente que cruzaba, pero en pocas palabras le dijo más mentiras que se dicen en un año en el Congreso, y la dejó seguir, fijándose en la casa en que entraba; después de haberla encerrado bajo tan buenos auspicios, estaba seguro de que el pájaro no se le escaparía.

Rosario, al llegar á su casa, cayó en un sillón, y temblando, juró no volver á salir sola para librarse de aquel hombre atrevido que tenía tan hermosos ojos y que decía frases tan bonitas, frases que nunca le ocurrían á su marido; acaso hubiera llegado á tranquilizar su espíritu, pero al siguiente día, al asomarse al balcón muy temprano, divisó en la acera de enfrente un bulto recatado en la capa, y por entre los pliegues del embozo vió brillar los ojos del pirata, ojos que habían bailado toda la noche alrededor de su almohada; la joven contuvo un grito y cerró la vidriera; aquel grito, que no salió de la boca de Rosario, llegó claro y agudo al oído de Enrique: fenómeno que solo se verifica en el amor. Y por supuesto, él distinguió el pliegue cauteloso que formaba la cortinilla, adivinando que desde aquel observatorio de todas las mujeres le estaban contemplando. Esa manera de mirar delata el secreto del alma; dice el refrán que el que calla otorga, y yo digo que la que mira á hurtadillas por entre la muselina, se declara, porque los enamorados ven todo; en el espionaje del alma no valen cortinillas, persianas ni celosías.

Rosario, al convencerse de que aquel hombre estaba resuelto á turbar la paz de su corazón, lloró. Las mujeres lloran siempre para anunciar las peripecias de la vida; grandes ó pequeñas; las lágrimas son el invariable programa de sus afectos; aquella vez lloró para tener la seguridad de que estaba dispuesta á defender su honra de las asechanzas del seductor.

El marido de Rosario era capitán de caballería; tipo hercúleo, hermosa estampa al frente de su escuadrón, hombre bondadoso y confiado; quería á su mujer tanto como á su caballo, lo que equivale á decir que la adoraba, y jamás le pasó por la mente sospechar que hubiese hombre, no ya que ella le mirase con adúltera afición, sino que se atreviese á poner los ojos en la mujer que llevaba su apellido, sabiendo que él tenía un brazo capaz de rebanar de una cuchillada la cabeza á la estatua de Mendizábal. Pero Enrique no era cobarde ni se cuidaba, en su vida aventurera, de estudiar las condiciones personales de los maridos; y abusando del descuido del capitán, ganó á la portera de la casa, que se presentó el primer día, como virtud salvaje, para poner, el segundo, alto precio á su criminal auxilio; la portera cohechó después á la doncella; y la triple alianza hizo llegar una, dos y veinte cartas á poder de Rosario, que no quería leerlas, pero las leía; que trataba de incomodarse, y se detenía en el ímpetu de su arrebató para saborear las frases del Tenorio, buscadas con artera maña, como el que entra corriendo en un vergel se detiene á contemplar las delicadas flores que le atraen con su aroma. ¡Y lloró otra vez, comprendiendo que aquel hombre se apoderaba de su corazón!

El seductor triunfó; arrastrada Rosario por la magia de las cartas de Enrique, desvanecida por el amor que su hermosura despertó en aquel hombre extraordinario, es decir, por el amor que él pintaba tan bien, cayó en las redes, obra de placer, dando al olvido sus deberes, sacrificando el honor y el cariño de un excelente esposo á la torpe y maligna sugestión de la vanidad de un pirata callejero. ¡Y esta vez Rosario no lloró! Las lágrimas no son patrimonio de la desvergüenza!

Se ha escapado de mi pluma esa durísima palabra, y quisiera recogerla; pero ¡ay! el papel no la devuelve, y si la tachara, siempre quedaría el borron. Rosario fué víctima de la desgracia; debo hacer justicia á su instinto extraviado por la poderosa maldad de mi amigo.

Aquella mujer, ántes tan buena, tan religiosa, encendida en el impuro fuego de la pasión adúltera, amó á Enrique con locura; él, admirando su belleza y orgulloso con sus favores, pavoneábase por el mundo, gozándose en hacer girones la reputación de la infeliz amante y estampando en la frente del burlado marido el sello del

deshonor; ¡que así es el ridículo juicio de la opinión pública! En otros tiempos la ley quitaba la vida á la adúltera; hoy nos hemos civilizado; hoy se respeta á la mujer que pisotea su honra y se escarnece al marido. El capitán paseaba por las calles, entretenido con los escarceos de su brioso caballo, sin ver que le señalaban con el dedo y que la mujer á quien dió alma, corazón, apellido, felicidad, su existencia entera, le hacia objeto de escarnio; como dice Vega en *El hombre de mundo*:

«Todo Madrid lo sabía;
todo Madrid, menos él.»

Lanzada por la pendiente, la mujer ya no se detiene; frenética, desbordada, accedía á las exigencias de Enrique, que no perdonaba medio de empujarla al precipicio; cada cuatro días dormía el capitán en el cuartel, y páfidamente aconsejada por su amante, dió á éste la llave del jardín para que entrara en la casa, aprovechando las sombras de la noche y la seguridad de que el confiado marido no podía abandonar la guardia para sorprenderlos en su comunicacion infame.

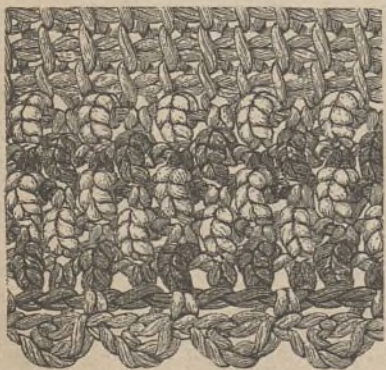
¡La Providencia es justiciera siempre! Algunos meses despues llegó la Cuaresma; Rosario, en la ofuscacion de los sentidos, en la agitacion del alma, se olvidaba de Dios y de los hombres; iba á misa por costumbre, por no infundir sospecha á su esposo, y entró un domingo en la iglesia, en el momento en que daban la comunión á los fieles. Al contemplar el rostro edificante de los penitentes, limpios á aquella hora de toda culpa, se estremeció, y al salir del templo, estaba tan profundamente alterada, que no vió á Enrique á la puerta, profanando la casa del Señor con cita criminal.

La buena semilla germina siempre; educada Rosario por su madre en el santo temor de Dios, acostumbrada á seguir las prácticas religiosas que le enseñó el Catecismo, se convenció de la necesidad de cumplir con el precepto del santo mandamiento, y decidida á confesarse, como todos los años, intentó hacer exámen de conciencia; pero al asomarse á su alma, parecióle que se asomaba á un abismo sin fondo, y contuvo un grito pavoroso, el grito de la desesperacion. Ella, que siempre fué con la frente levantada á postrarse á los piés del confesor para obtener la absolucion de pecados sin culpa —permítaseme la atrevida calificación,—ahora sentía que la sangre quemaba sus mejillas, y veía en el ministro del altar, no un representante de Dios en la tierra, sino un sér mortal; y no se encontraba con fuerza bastante para declarar á un hombre la falta que con otro hombre cometía. ¡A tanto llega el poder de la vergüenza!

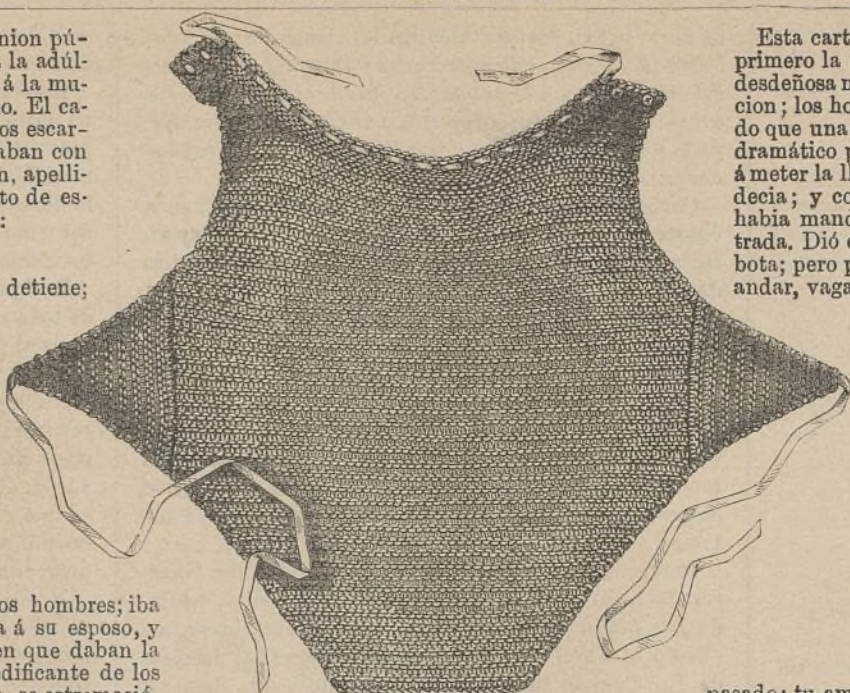
La lucha duró toda la noche; las lágrimas, que habian abandonado á la adúltera, se presentaron á aliviar el dolor de la penitente; ¡y Dios triunfó! Muy de madrugada, temblando, entró Rosario en San Sebastian, y con la angustia en el rostro, con la congoja en el espíritu, depositó su enorme pecado en manos del Señor, que le abrió los brazos. Jesus perdonó á Magdalena; ¡cómo no habia de perdonar á Rosario, víctima de un seductor!

¡Ah! ¡qué consuelo tan inefable el de la religion! La pecadora miró al cielo, y regocijada, envió un beso á los ángeles que le cantaban el himno de la redencion; pero al dejar la casa del Señor para entrar en la suya, sintióse desfallecida; allí vió al esposo ultrajado por ella, sirviendo de befa al mundo; allí se acordó de su cómplice, que tenia derecho para exigirle la continuacion del delito. En su amargo trance, pidió amparo al que todo lo puede; y Dios le puso en la mano la pluma y la inspiracion en la frente para trazar en un papel estas líneas:

«Enrique: por tí me olvidé de todo, y aunque tarde, Dios me detiene en el camino de mi perdicion. Sé noble, sé generoso, y déjame expiar el delito con la oracion en los pocos días que alcance de vida; la vida del criminal no debe ser más que la preparacion para la muerte; y moriré pronto. ¡Dios me arrebata tu amor! ¡Cómo vacilar si en su grandeza me ofrece el cielo! En la tierra no hay para la mujer pecadora sino fango y desdichas. ¡Adios! ¡en el cielo pediré por tí! —Rosario.»



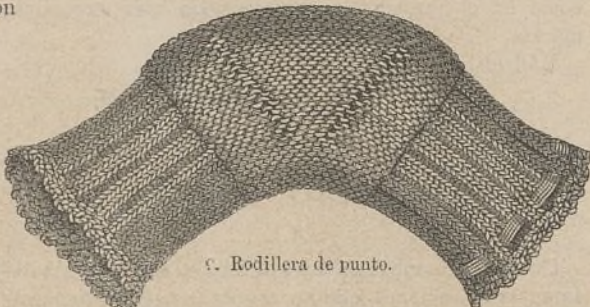
15. Cenefa para la chaqueta núm. 10.



8. Peto para caballero.



10. Chaqueta de punto. (Véanse los núms. 3 y 15).



9. Rodillera de punto.



12. Cenefa para el puño núm. 13.



13. Puño ó manguito de punto. (Véase el núm. 12).

Esta carta produjo en el libertino dos efectos contrarios: primero la sorpresa por lo inesperado; despues, una sonrisa desdeñosa manifestó que no daba crédito á tan súbita transición; los hombres son desconfiados y malignos, y sospechando que una nueva pasion inspiraba á Rosario aquel recurso dramático para romper el lazo que los unia, fué por la noche á meter la llave en la puerta falsa del jardín; la llave no obedecía; y comprendió al momento que la previsora amante habia mandado poner nueva cerradura para impedir su entrada. Dió entonces un golpe en el suelo con el tacón de la bota; pero pasado un minuto, encogióse de hombros y echó á andar, vagando por sus labios estas frases:

—¡Más vale así! Ya me iba cansando de esta mujer, que me robaba el tiempo para otras conquistas, que desde luego ofrecen el verdadero incentivo del amor: la novedad.

III.

Alcé la cabeza, al trazar en el papel la última palabra, y vi á Enrique, que, apoyado todavía de codos en el bufete, seguía el movimiento de mi pluma con marcado interés.

—¡Es verdad! exclamó. Hasta ese día consignas el recuerdo con lastimosa exactitud.

—Conocía perfectamente tu historia, le dije; no habrás olvidado que me diste á guardar esta llave, no atreviéndote á conservarla, por cierto temor que su vista te inspiraba. Aquí la tienes, Enrique, llena de moho; veinte años han pasado; tu amor murió, y la llave vive todavía.

—¡Me atormentas presentándomela! murmuró.

—¡Hola! Eso me acredita que la llave del jardín es más que un símbolo: acusadora del delito, es tu conciencia.

—¡Sí! ¡era perpétuo remordimiento que me acosaba, quitándome el sueño! Por eso la guardo en tu cajón, y no en el mío.

—Esta llave, Enrique, no es llave, es una ganzúa.

—Tiene paletón, observó él frunciendo las cejas, como si comprendiera mi idea.

—La forma no hace al caso; esta llave, abriendo una puerta falsa para que entraras de noche, velado

por el misterio, á robar la honra de un marido confiado, ¿no es la ganzúa del ladrón que penetra en la cerradura para dar paso al delito de robo penado por el Código? Desengáñate, Enrique; por más que la sociedad, con sus errores, disculpe ciertas faltas, y aun las revista de encantos para deslumbrar ilusos, el crimen es siempre crimen; la conciencia es juez inexorable, y cuando el olvido quiere triunfar de los actos punibles de la existencia, aparece el remordimiento bajo la forma de una llave del jardín. ¡Aquí está! ¡Y Rosario?

Enrique suspiró, y limpiándose el sudor de la frente con el pañuelo, contestó:

—¡Ay!... Rosario dijo bien en su carta: murió pronto, y murió como una santa; Dios la perdonó, pero la conciencia no podía perdonarla; ¡y yo tuve la culpa de su perdicion! Hoy, que corro á viejo, con la rapidez del tiempo, que á nuestra edad parece que tiene alas, quisiera que Rosario volviese á la vida...

—Harias otra vez lo mismo, le interrumpí. La juventud licenciada arrastra la primera época en perpétua calentura, y pierde mujeres, sin detenerse á considerar los abismos que abre á sus dolores, por satisfacer la necia vanidad del conquistador.

IV.

Rosario es un ejemplo arrancado del mundo. Las Magdalenas pecadoras, por desgracia, no siempre se detienen á la puerta del templo para encontrar el perdón á los piés del Salvador; pero no olviden que la conciencia, ménos generosa que Dios, no sabe perdonar.

TEODORO GUERRERO.

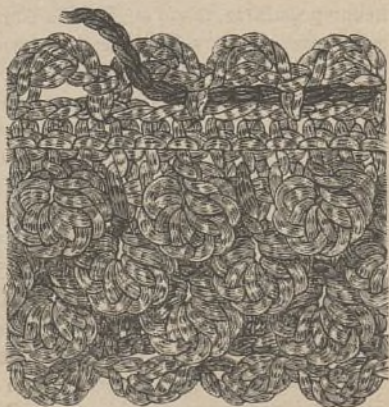
DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

XXXIX.

EN LISBOA.

Listos una vez nuestros equipajes, y desentendiéndonos de tanto protector que nos ofrecía sus auxilios, tomamos un carruaje,



16. Cenefa para labores de punto.



17. Chal de punto. (Véase el núm. 7).

contrarios:
a sonrisa
ta transi-
spechan-
el recurso
la noche
e no obe-
amante
ir su en-
con de la
y echó á

lo de esta
otras con-
verdadero

la última
o todavía
ovimiento
ia consig-
tud.
a, le dije;
ardar esta
por cierto
ni la tie-
años han

e acredita
jardin es
bolo: acu-
es tu con-

pétuo re-
me aco-
el sueño!
en tu ca-
io.

Enrique,
ganzúa.
observó
rejas, co-
mi idea.
hace al
abriendo
para que
velado
la honra
no es la
enetra en
aso al de-
l Código?
por más
sus erro-
faltas, y
ntos para
rímen es
iencia es
o el olvi-
los actos
aparece
la forma
Aquí está!

on el pa-

y murió
odia per-
corro á
rece que

licencio-
y pierde
ne abre á
uistador.

mundo.
no siem-
ra encon-
ero no ol-
que Dios,
RRERO.

lesenten-
recia sus



ato.



261
1199

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2ª, II Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

trasladamos
con la caja
nosotros de
timos en el

— Largo

El carrua
calle de Cá
Alfandega,
samos por
ta tomar el
plaza de D
botel. Los
equipaje al
sion de nu

— ¡Nos a

— Y no

los tres dia
poco si he
del reino l

Abrimos
cuarto, y n
de la mañ
ro que en L
parables co
Teníamos
las calles
mando una
puerta dele
plaza de C
que se exp
tel nos enc
antes de M
tre nieve y
ramos más
leguas entr

que nos p
ciudades d
ria, y de p
encontram
atmósfera
dable, qu
olvidar cu

blamos go
campiñas
puertos de
cia. Scott
plicaba t
mutacion

boa y M
hablamos
mente del
po, de la
de su hist
de alguna
cunstan

los portu
Scott, que
cuchaba
mente, m
guntó:

— ¡Allá

te hay alg

seo con ár

— La pl

— ¡La d

— Se en

ningun ot
inmortal

— ¡Era

— Habia

bilísima f
Sá y Mac
su bisabue
y natural
dra, y e

en 1470. L
poeta lusi
ble por m

cepto. No
padres cu

cacion, p
madre, S
dicado al

rino, enc
sonas ext
do de su

comenzó
la univers

bra, sin
hasta hoy

nó sus est
vida de e

da un tar
la histori

tradicion
transmitid

otros, ref
pasado.

Cuént
el Petrar

de la señ
samient

Viernes
iglesia. I

hasta las
del nomb

ra. Quier
legirlo de
posicion

donde d
huellas d

critas en

dan espa

ne, Belis

algunos

trasladamos á él nuestros baules, y Scott, cargado con la caja que contenia la cabeza de Cromwell, y nosotros de sombreros, mantas y bastones, nos metimos en el coche, mientras decíamos al lacayo:

—Largo do Carmo, hotel de Gibraltar.

El carruaje partió á la carrera. Atravesamos la calle de Cães dos Soldados, en direccion á la de la Alfandega, entramos en el Terreiro de Passo, pasamos por debajo del arco de la rua Augusta, hasta tomar el Largo do Carmo en la entrada de la plaza de D. Pedro IV, y paramos á la puerta del hotel. Los criados de la casa trasladaron nuestro equipaje al principal, y nosotros tomamos posesion de nuestro cuarto.

—¿Nos acostamos? le pregunté á Mr. Scott.

—Yo no vengo cansado, ni tengo sueño; además, los tres dias que he de pasar en Lisboa, dormiré poco si he de ver algo de lo que dicen es la capital del reino lusitano.

Abrimos las puertas de los balcones de nuestro cuarto, y nos asomamos á la calle. Eran las seis de la mañana, de una de esas mañanas de Enero que en Lisboa son tan hermosas, y solo comparables con las mañanas de Mayo en Sevilla. Teníamos frente á nosotros el *Chiado*, una de las calles más céntricas de Lisboa, que formando una cuesta inmensa principiaba en la puerta del hotel y terminaba en la pequeña plaza de Camões. La agradable temperatura que se experimentaba desde el balcon del hotel nos encantaba. Habíamos salido diez dias antes de Madrid, entre nieve y lodo; cruzamos más de cien leguas entre pueblos que nos parecieron ciudades de la Siberia, y de pronto nos encontramos con una atmósfera tan agradable, que nos hizo olvidar cuanto habíamos gozado en las campiñas y en los puertos de Andalucía. Scott no se explicaba tan brusca mutacion entre Lisboa y Madrid, y hablamos largamente del tiempo, de la ciudad, de su historia y de algunas circunstancias de los portugueses. Scott, que me escuchaba atentamente, me preguntó:

—¿Allá enfrente hay algun paseo con árboles?

—La plaza de Camões, donde está su estatua.

—¿La del poeta?

—Se entiende, porque en Portugal no ha habido ningun otro Camões que merezca la celebridad que el immortal autor de *Os Lusíadas*.

—¿Era portugués?

—Había nacido en este pueblo en 1524, de una nobilísima familia de Santaren, por su madre Ana de Sá y Macedo, y de España por parte de padre, pues su bisabuelo era gallego y natural de Pontevedra, y emigrado aquí en 1470. La historia del poeta lusitano es notable por más de un concepto. No pudieron sus padres cuidar de su educacion, pues muerta su madre, Simaa Vax, dedicado al oficio de marino, encomendó á personas extrañas el cuidado de su hijo. En 1537 comenzó á estudiar en la universidad de Coimbra, sin que se sepa hasta hoy dónde terminó sus estudios, que la vida de este genio anda un tanto oculta en la historia, y solo la tradicion, la memoria transmitida de unos en otros, refiere algo de su pasado.

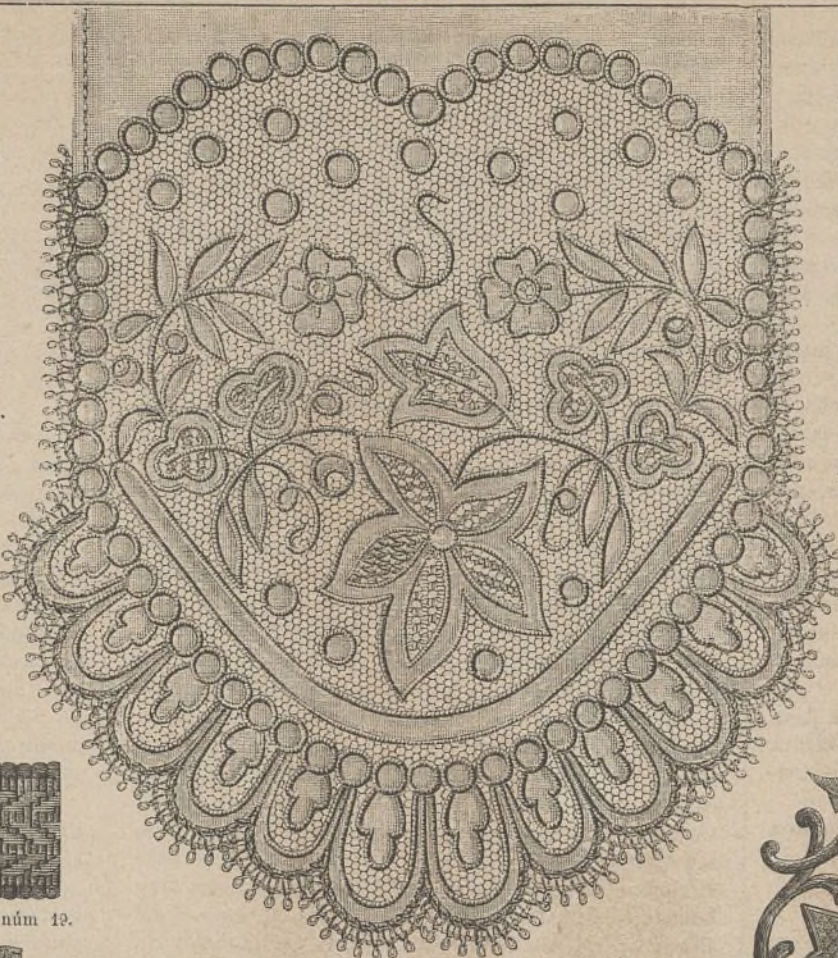
Cuéntase que como el Petrarca se enamoró de la señora de sus pensamientos en dia de Viernes Santo y en una iglesia. Inútiles han sido hasta las investigaciones del nombre de esa señora. Quieren algunos colegirlo de las varias composiciones de Camões, donde dejó indudables huellas de su pasion; pero en sus composiciones eróticas, escritas en portugués, en castellano, y algunas en gallego, andan esparcidos los nombres de Violante, Natércia, Dinamene, Belisa, Nisa, Gracia, Beatriz, Inés y Oritia, opinando algunos que la dama se llamaba Isabel, nombre que Camões



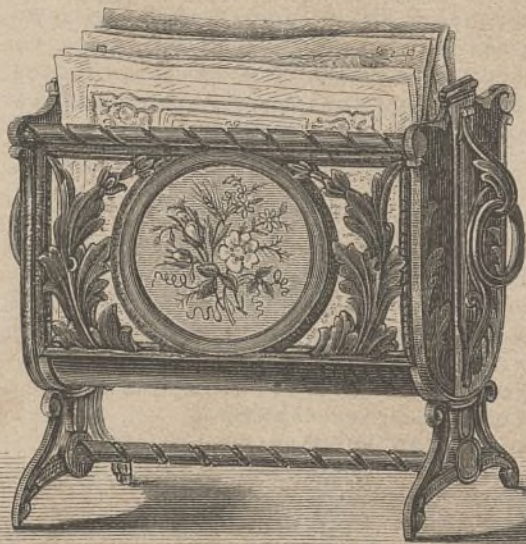
20. Trenzada tejida de oro para el núm. 19.



49. Limosnera para vestido. (Véase el núm. 20).



18. Punta para corbata.



22. Musiquero bordado (Véase el núm. 23).



23. Medallón para el musiquero núm. 22.

encubrió con el anagrama de Belisa. Otros se fijan en el nombre de Catalina de Almeida, parienta del poeta; pero la version más generalizada supone que la dama de quien se prendó el poeta en la iglesia das Chagas, fué Doña Catalina de Ataíde, hija de D. Antonio de Ataíde, primer conde de Castañeda y favorito del rey D. Juan III.

Este amor correspondido, decidió de la suerte de Camões, que en 1547 fué desterrado de Lisboa por influencia de los padres de su amada. Los dias que pasó en este destierro, que le fué levantado en 1549, los empleó Camões en escribir varias composiciones en prosa y en verso, tres de ellas para el teatro; y segun cuenta el morgada Matteus, y Lopez de Moura, los mejores biógrafos de Camões, comenzó á meditar y preparar su obra maestra, que habia de hacer immortal su nombre.

Luchando con la diferencia de clase y las preocupaciones de la época, que le separaban del objeto de su pasion, Camões resolvió emprender la carrera de las armas, y en 1550 se inscribió como voluntario y se embarcó para Goa.

Mas se detuvo en Africa con esperanzas de que le sirviese alguna influencia con D. Pedro de Meneses, que estaba allá de gobernador. En la campaña de Africa perdió el ojo derecho en un combate naval, desgracia que le aconsejó regresar á Lisboa en 1552. ¡Vana esperanza la que alimentaba! Ni consiguió premio alguno á su valor, ni adelantó en facilidades para su soñado enlace.

Contrariado bajo todos conceptos, pues Doña Catalina estaba ya casada, Camões se embarcó en el *San Bento*, llegando á Goa en el mes de Setiembre de 1553, recibiendo á su embarque el socorro de 2.400 reis, ó lo que es igual, 52 reales. Tomó parte en una importante expedicion, distinguiéndose, como siempre, por su valor.

Mas como en medio de su vida aventurera no le abandonasen un punto sus aficiones á la poesia, hubo de ocurrírsele escribir los *Disparates na India*, viva censura de las rapiñas y disolutas

costumbres de sus conciudadanos. Esto le valió enemistades. El gobernador, F. Barreto, le desterró á las islas Molucas. En esta triste situacion se acibaró la pena de Camões, recibiendo la noticia de haber muerto la mujer que amaba.

Más de tres años anduvo divagando por Malaca, las Molucas y Macao, hasta que nombrado virey Constantino de Braganza, levantó el destierro al poeta y le nombró comisario de difuntos y ausentes de Macao,

cargo tan socorrido como honorífico. Todavía se denomina *Gruta de Camões* una solitaria cueva á donde, segun narra la tradicion, se retiraba el poeta para escribir su poema.

En 1561 regresó á Goa, y habiendo naufragado la embarcacion, Camões se salvó en una tabla, junto con un esclavo de Java, llamado Antonio, criado leal que desde aquel panto no lo abandonó jamás.

Cambiado el virey, Camões vió prevalecer la influencia de sus enemigos: preso por acusacion de haber malversado fondos, hubo de sufrir esta tropelia hasta que justificó plenamente su conducta.

Desde entonces la vida de Camões es una sereno interrumpida de contratiempos. Al marcharse á la India, habia formado propósito irrevocable de no regresar á su patria; pero con los años y las desventuras se quebrantó la firmeza de esta resolucion. Más

que todo, podia en él la idea de imprimir su gran poema, que habia salvado del naufragio de Goa.

Primer contratiempo fué el de verse preso por una antigua deuda de *doscientos cruzados* que le reclamaba un tal Rodriguez, de apodo *Fios-Seccos*. Fué el segundo con-

tratiempo la carencia completa de recursos para embarcarse; y aunque un tal Pedro Barreto ofreció llevarle en su compañía, dejó incompleta su palabra y le abandonó en Sofala, por no poderle satisfacer 20.000 reis que le reclamó como precio del pasaje. Unos amigos socorrieron á Camões en tan grave apuro, y el inmortal poeta regresó á Lisboa en 1569, en ocasión en que la peste diezaba á sus moradores.

En 1572 publicóse por vez primera su celebrado poema, siendo tal el éxito obtenido, que en el mismo año hubo de procederse á su reimpression.

—¿Y qué le dió el gobierno en pago á sus justos merecimientos?

—En recompensa de diez y seis años de campaña, el gobierno le concedió el *gran sueldo* de dos mil reales anuales, con obligación de residir en la corte. Aun este mezquino sueldo dejó de percibirlo en los últimos años de su vida.

Proteccion y subvenciones de otra clase no las recibía, cuando consta que su fiel criado Antonio salía de noche á mendigar para su pobre amo. El leal criado murió, y Camões, enfermo y privado de todo auxilio humano, hubo de refugiarse en el hospital, donde exhaló su postrer aliento á principios del año 1579.

Enterrósele á la entrada de la iglesia de Santa Ana, de Religiosas franciscanas, y en su modesta sepultura grabóse, algunos años despues, un lacónico, pero elocuente epitáfio.

En 1755, un terremoto destruyó la iglesia, como toda la parte baja de Lisboa, y al reedificarla, nadie se acordó del inmortal poeta. ¡Ni aun en su tumba el infortunio le dió reposo!

La generacion presente ha querido volver por el nombre del inmortal poeta, y ocho años hace, en 1867, levantó un monumento á su memoria, en esa plaza que tenemos frente, al final de esta calle.

—Son las siete, interrumpió Scott, consultando su reloj, y sería bueno que saliéramos á pasear hasta la hora de almorzar.

Y ambos abandonamos la fonda, recorriendo sin norte ni guía cuantas plazas y calles encontrábamos. A las diez estábamos en la plaza de Santa Apolonia, estacion del ferro-carril. Nos metimos en un coche del tram-via y nos bajamos en el Terrero de Paso, de donde pasamos al muelle. Los barcos cruzaban en todas direcciones.

—¿Vamos hasta el embarcadero? nos preguntó Scott.

—Hasta donde V. quiera, le respondí, y vinimos á la rua do Arsenal, en direccion al embarcadero. Los vapores se veian correr de un extremo á otro del Tajo, y al partir uno entramos en él, para recorrer la ciudad en su pintoresca costa.

Estos vaporcitos son iguales á los que en Paris recorren las enturbiadas aguas del Sena, y que los franceses denominan con el nombre *mosca*, que más pertenecen á los vapores de Lisboa, esos elegantes buquecillos que recorren las aguas del Tajo, para comodidad del movedizo pueblo de Lisboa, que pasa á la *banda de allá*, esto es, al otro extremo del rio, á divertirse. Pero estos vaporcitos no tienen nada de extraño más que el tamaño. Dos saloncillos interiores, con una máquina de hélice en medio, y un puente con bancos para los aficionados al aire libre, una campana que se toca en las estaciones, una multitud á veces apiñada hasta el punto de no poder dar un paso, un empleado que cobra el pasaje á cambio de una chapa de laton, y que no deja desembarcar á nadie en las estaciones sin que le devuelvan la chapa; hé aquí la más rápida y sucinta descripción que se puede hacer de las tales navecillas.

Scott y yo recorrimos toda la costa, desde la Plaza del Comercio hasta Belen. ¡Qué bonito panorama ofrece Lisboa desde su ria! El cielo claro que la cubre, las doradas arenas de aquella playa, siempre alegre, y los edificios todos, con sus torres, con sus escudos, con sus miradores, reflejándose en la superficie de las aguas, es más encantador que Venecia y que Moscow. Admirando tan bello panorama volvimos á desembarcar para regresar á nuestro hotel en busca del almuerzo. A las dos de la tarde salíamos de nuevo á recorrer las calles. Fuimos á la Plaza de D. Pedro IV, á tomar café al Suizo.

Cuatro dias permanecimos juntos Scott y yo en Lisboa; cuatro dias mortales en que no descansamos un momento. Vimos todos los monumentos, los paseos, los templos y los palacios, el museo arqueológico, establecido en las ruinas del antiguo convento del Cármen, que vale bien poco; el arco de la calle Augusta es magnífico, como lo son tambien el monumento de José I, la columna de la Plaza de Pelourinho, La-Sé, el Cármen viejo, la casa de los condes de Almada, la Torre de Belen, la Concepcion vieja y los palacios de las Necesidades y el de Ajuda. Lisboa tiene algunos monumentos elegantes y de bonita perspectiva, y hoy mismo hay otros dos en proyecto para conmemorar dos sucesos notables en Portugal. Es uno

llamado de la Independencia, y el otro el del duque da Terceira. La circular publicada en *El Diario do Governo*, por la comision central del 1.º de Diciembre, nos da el programa para sacar á concurso esta obra, que se dedica á los restauradores (de la independencia portuguesa, en 1640). El monumento se ha de erigir en una plaza proyectada, próxima al paseo público, que medirá 197 metros de frente por 87 de largo, de naciente á poniente, y tendrá de elevacion una altura de 30 á 35 metros, comprendiendo el obelisco y el cuerpo en que este descansa. La obra está presupuestada en 20.000.000 de reis, esto es, 400.000 reales, aparte de las obras del paseo que complementan el monumento. El obelisco será construido de mármol blanco rayado de azul, extraído de las canteras de Montes Claros, donde se dió la última batalla por la independencia de Portugal. En suma; el monumento ha de ser una obra notable, que superará al del rey D. Pedro, que está en la plaza del Rocío, y al de D. José I, que está en el Terrero do Pazo. El otro monumento, dedicado á conmemorar al ilustre duque de Terceira, se erigirá en la plaza dos Romurales.

Con estas obras, con el derribo del castillo de la Abuferra y con el ensanche que van dando á las nuevas construcciones, Lisboa ha de ser muy pronto una preciosa ciudad, la mejor y más pintoresca de la Península. Aun hoy, con todos los caracteres de sus construcciones antiguas, y con sus calles casi siempre desiertas, tiene encantos que no conoce Madrid. Los paseos, la campiña, Casilhas, Cintra y Cascaes, los cementerios, los templos, son otros tantos puntos de recreo y esparcimiento para el viajero y el desocupado. Los teatros son tambien muy buenos. El San Carlos, el de Doña María II, como el del Príncipe Real, son de primer orden. El jardín botánico, las Larangeiras, los arrabales, Collares, todo, en fin, cuanto rodea á Lisboa es bonito, es agradable. Scott y yo recorrimos en cinco dias todo lo mejor de la corte portuguesa, y ya cansados de ver y dispuestos á regresar, uno á Londres y otro á Madrid, nos separamos para siempre. Scott es para nosotros una memoria que vivirá eternamente en las notas de nuestra cartera.

XL.

EPÍLOGO.

Tres meses habian transcurrido desde nuestro regreso á Madrid. El recuerdo de Scott no se separó ni un solo momento de nuestra mente. Un dia, dia feliz, llamó el cartero á la puerta de nuestro cuarto y nos entregó una carta.

—¿Viene de Inglaterra!... ¿Si será de Scott? exclamábamos al mismo tiempo que la abríamos.

Y en efecto, era de Scott que nos decia:

"Chislehurst, 15 de Abril de 1875.

«Mi buen amigo: escribo á V. desde el palacio de mi hermano, para participarle que le espero en Mayo próximo. No debe V. perder la ocasion de visitar este edificio histórico. Ya recordará V. que aquí vivió Napoleon III, cuando estuvo emigrado, antes de 2 de Diciembre. A mi llegada me lo he encontrado restaurado, estilo de Enrique II. El salon grande, que corona una gran montera de cristales, está hoy destinado para museo. En él verá V. la cabeza de Cromwell y varios cuadros de pintores españoles. Me faltan trajes de toreros, astas de los toros más notables, y una capa española de las de Sevilla. Supongo que V. vendrá, y supongo tambien que me traerá algo de estos objetos de arte con que pueda enriquecer mi naciente museo.

«Cuando venga, le he de leer mi libro sobre España y Portugal, que me quieren comprar los editores. Es lo mejor que se ha escrito de viajes en la Península. Pruebo que en España no hay apenas obispos, ni catedrales; que los ferro carriles andan á paso de carreta y los hombres se matan á navajazos; que los toros es la funcion nacional y que á nadie le importa los adelantos y los progresos que la humanidad logra en el mundo científico. España es un país sin ambiciones, vive al dia. ¡Qué felices son VV! Mi libro será leído con avidez por que tiene exactitud en todo.

«Véngase y se lo leerá su afectísimo. — I. W. Scott.»

Cuando leímos estas líneas nos dieron ganas de reir. No parecían sino que Scott no se habia curado de sus excentricidades en el tiempo que estuvo á nuestro lado. Doblando la carta pensamos contestarla, citándolo en Lisboa para Mayo próximo. Y como lo pensamos se hizo. Posible será que Scott venga á buscarnos para la fecha citada, al Hotel de Gibraltar, del Largo do Carmo, como tambien lo será que nosotros publiquemos otro libro titulado *La corte de Portugal*, que no será más que la continuacion del presente libro.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

Fin de Madrid á Lisboa.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

(Continuacion).

CAPÍTULO XI.

LO QUE VA DE AYER Á HOY.

El desprecio sigue de cerca al amor que inspira una coqueta.

FENELON.

Las coquetas son unos pavos reales en sociedad, y seres nulos y sin atractivo en su vida privada.

MAD. SEVIGNÉ.

Leopoldo entró turbado en el salon, en donde solo habia algunas personas, además de la indispensable marquesa, que alegrasen la soledad de su tia y de su prima.

Esta recorria con sus ágiles dedos las teclas del piano, y al mismo tiempo hablaba y sonreía á los jóvenes que se habian reunido en torno suyo.

Leopoldo sintió oprimirse el corazon ante aquel brillante cuadro, tan distinto del lúgubre que habia presenciado algunos momentos antes. Sintió horror hacia aquella pérdida mujer, que sonreía contenta y placentera, mientras espiraba la víctima de su necia coquetería, de su insensata ambicion, de sus frívolos caprichos.

—¡Ah! pensaba, si ella hubiese podido presenciar aquella escena desgarradora y terrible, ella que se cree pura, ella, que vive exenta de remordimientos, se hubiera avergonzado de sí misma! ¡Pero para esto era necesario que tuviese corazon, y Cristina desconoce el sentimiento! ¡Infeliz de mí! ¡Bien claro veo ahora el móvil de sus desdenes, de sus inconsecuencias, de su tibieza humillante! ¡Me conocí rico y hoy soy pobre! ¡Hoy aspira á mas brillante fortuna, en paragon con la suya, á más ilustre nombre, que enaltezca en mayor grado su nombre! ¡Infeliz, infeliz de mí!

¡Pero esa mujer no es solamente ambiciosa, no es solamente egoísta, es tambien traidora y desleal! ¡Por qué queria perder á Margarita en mi concepto, y acaso en el de todos? ¡Por qué se ensaña tan vil y cobardemente en la que se ha mostrado siempre con ella tan buena y generosa?

Desde aquel instante se efectuó en Leopoldo una reaccion completa. El orgullo, unido al desencanto, le hizo corresponder á los desdenes de Cristina con desdenes, le hizo que pagase su tibieza con más glacial tibieza. Huía de ella en vez de buscar su compañía, y no desperdiciaba ninguna ocasion de mostrarla el poco aprecio en que la tenia.

Caida ya la venda de sus ojos, observando todas las acciones de la coqueta, se convenció más y más de que su cabeza estaba henchida de aire y su corazon de hielo.

La obra que empezó el despecho, la concluyó la indiferencia.

Entonces tambien en Cristina se efectuó una reaccion extraña.

Comprendió súbitamente que el esclavo empezaba á sacudir su yugo; que aquel corazon apasionado se le escapaba, y quiso á todo trance recobrar su perdido imperio. ¡Era solo coquetería? ¡era cálculo, dictado acaso por circunstancias especiales! Sus amigas afirmaban que la habian sorprendido muchas veces llorosa y agitada; otras decian que el imperio de la belleza frívola y pasajera está sujeto á la moda, que muda de faz á cada sol que nace. Decian que su cetro de flores se habia roto entre sus manos, y que otras manos más afortunadas sostenian un nuevo esplendoroso cetro.

Esto se decia y se comentaba en voz baja, cuando Cristina estaba ausente.

No hay vicio más bajo y ruin que la coquetería; no hay otro tampoco que reciba más pronto su castigo.

Con ser tan fugaz la juventud, con ser tan breve la existencia de la hermosura, aún es más breve y más fugaz el reinado de una mujer galante. Sus gracias sobreviven al favor que la concede el mundo, y sufre el doble martirio de verse bella y desdeñada.

Para brillar en los salones, necesita el auxilio de la novedad, el atractivo de lo desconocido: pasa un dia, y la turba de adoradores se sácia, y el cansancio y la monotonía la hace ir en busca de otro ídolo.

Algo de esto debia experimentar Cristina, porque la sonrisa habia desaparecido casi de sus labios, y eran á veces amargas sus palabras.

Sea cual fuese el móvil de su conducta, es lo cierto que volvió á ser para Leopoldo la dulce y apasionada Cristina de otros tiempos, ¡pero era ya tarde!

¡Ella sin duda ignoraba que en las lides del amor, el que pierde una línea de terreno debe dar por segura la derrota!

Como el que ha subido á la cima de una rcca alta y

puntiagada, debe poner todo su conato en guardar el equilibrio, porque si da un paso hacia la pendiente rueda hasta el precipicio, sin que nada sea capaz de detenerle en su rápida caída.

Pasáronse muchos días en esta estéril lucha. Sorprendida Cristina con la inutilidad de sus esfuerzos, buscó ávidamente en derredor de sí al enemigo que le arrancaba su presa.

¡No sabía que el enemigo eran sus propios defectos! Su vigilancia quedó burlada: Leopoldo á nadie prefería. Si había alguna mujer al lado de la cual pareciese olvidar las horas, esta era Margarita.

Ni siquiera se ofreció á la mente de Cristina que la oscura huérfana pudiese convertirse en su rival; pero necesitaba un pretexto cualquiera para provocar una explicación de parte de Leopoldo, y una tarde en que estaban solos, nombró á Margarita á falta de otra cosa mejor, para fingir una escena de celos que la condujese al punto apetecido.

Pero Leopoldo no acogió sus suposiciones con la sonrisa desdeñosa que creía; se puso serio al oírlo, muy serio, trémulo y conmovido, dejándola estupefacta.

—¡Qué es esto! ¡qué es lo que le sucede! pensó la joven, empezando á recelar lo que jamás hubiera creído posible.

—¡Estás loca! balbuceó Leopoldo tras algunos momentos de reflexión, ¡olvidas que esa mujer es casada, que es la esposa de un amigo!... ¡No, no, añadió como si respondiera á su propia conciencia, es un absurdo!

Cristina estaba llena de confusión y de despecho; la humillaba la sola idea de que admitiesen á la huérfana como á su competidora. Quiso, sin embargo, sondear el abismo, en el cual de repente había caído.

—¡Ah! dijo con voz sorda, ¡he observado la conducta de la que llamaba mi hermana, y he visto sus esfuerzos por arrebatarle un corazón que era mío!...

—¡Cristina! exclamó Leopoldo pálido de enojo; no insultes á esa mujer, cuya conducta prudente y juiciosa debías de haber imitado; no la insultes, te digo, si no quieres obligarme á que pronuncie palabras duras, que acaso te hagan doblar la frente en su presencia!

Nunca la voz de Leopoldo había sido tan enérgica y vibrante, ni su actitud tan severa.

La altiva coqueta sintió un agudo dolor que le taladraba el alma. Herida en su amor propio y en su egoísmo, las dos verdaderas y grandes pasiones de su vida, exclamó fuera de sí desatentada:

—¡Cómo! ¿Te atreves á compararme con la que ha cubierto de oprobio nuestra casa, con la que ha comprometido la existencia de su esposo, con la que no hace muchos días tuvo atrevimiento para acudir á una culpable cita?

—¡Cristina! respondió el joven indignado, ¡tú fuiste la que, no adivino con qué intención, me hiciste saber que existía esa cita; tú fuiste, sin saberlo, la que me proporcionó las pruebas de la inocencia de Margarita! ¡Yo fui bastante sagaz para ver, sin que Justa lo advirtiera, el sobrescrito de la carta que ella me mostraba; yo acudí también á la cita, y sabes lo que hallé, Cristina, ¡lo sabes!... ¡En un cuarto miserable, hallé á dos moribundos! ¡Una madre y un hijo!... ¡á una madre y un hijo que morían por tu causa!

—¡Qué extraña historia es esa? interrumpió Cristina?

—¡Extraña no, dolorosa! murmuró el joven en voz baja. ¡Un ángel endulzaba aquel cuadro de dolor y llanto!... ¡Este ángel era Margarita!

¡Margarita, que trabajaba día y noche para remediar en parte el mal que tú habías causado; tú, que corriendo de placer en placer, de baile en baile, olvidabas que con tu criminal coquetería habías llevado la desolación y la muerte al seno de una familia honrada!

—¿Quién ha forjado esta calumnia? preguntó la coqueta desconcertada. ¡Ha sido por ventura Margarita?

—No, de sus labios no ha salido ni la más mínima acusación; siempre que ha hablado conmigo, ha procurado mostrarme este suceso bajo un indulgente prisma. ¡Sabes quién te ha acusado? ¡Mira!

Y Leopoldo, sacando del pecho el retrato, obra de Gustavo, lo mostró á la joven.

Cristina soltó un grito de espanto al reconocerle, y se cubrió el rostro con las manos.

(Se continuará).

CONVERSACION CON LAS DAMAS.

No sé si habeis reparado, mis queridas señoras, en una cosa que es desde hace tiempo objeto de mis reflexiones, porque todo lo que demuestra la fragilidad humana, y sobre todo la fragilidad varonil, me causa como un sentimiento de pesar.

Desde este rincón de EL CORREO DE LA MODA, periódico tan leído y tan estimado de todos, quiero deci-

ros algunas verdades, aunque no siempre tengan el mérito de la novedad: alguno le quedará á mi valor, porque no todo el mundo dice las verdades que sabe, y diariamente repito aquellas tres profundas y melancólicas preguntas del ilustre Qaevedo:

«¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

La gran verdad de que hoy vengo á hablaros es que la mujer agradable es mucho más amada que la mujer perfectamente virtuosa.

Al hombre, nuestro tirano, le conquista mucho más lo bonito que lo bueno; y para probaroslo, os voy á citar dos casos de nuestros días.

Tengo dos amigas muy distintas en carácter, y á las que ha cabido en suerte un destino muy diverso.

La una, en extremo bella, se ha consagrado por completo al cuidado de su esposo, de sus hijos y de su casa: por economizar está á la vista de todo; lleva las cuentas con estricta precisión: por evitar gastos no va al teatro, ni á paseo, ni hace visitas, ni se trata con nadie; su traje es siempre el más económico posible, porque dice que toda su coquetería ha pasado á sus niños; es, en fin, la imagen más fiel de la abnegación de madre y de esposa.

¿Y creéis que su marido está ciegamente enamorado de ella?

¡Pues nada de eso! coqueteando está siempre con todas sus bellas y elegantes amigas: se deja servir y *dorloter*, como dicen los franceses; pero cuando llaman á la puerta y cree que es visita, dice á su esposa:

—Mujer, que digan que no estás, ¡vas hecha una facha!

La otra, en extremo fea, es el tipo contrario: nada tiene de bella; solo su fisonomía, móvil é inteligente, habla en su favor; además carece de fortuna, y la de su marido no es grande; sin embargo, la felicidad parece morar en su casa, siempre alegre, llena de frescas flores, sombreada por cortinas de blanca muselina, coqueta la habitación como su habitadora: esta mujer tiene un hijo más que la otra, y ha llegado ya al número de cuatro; pero su actividad es tal, que la madre y los hijos están siempre elegantemente vestidos; esta esposa modelo no se ha puesto jamás delante de su marido sin peinar ó mal vestida; sus trajes están hechos de moda, sus manos cuidadas; dibuja y toca el piano, y lejos de representar á la virtud adusta y fea, la hace concebir bella y atractiva.

Siempre la vereis del brazo de su marido en los paseos, ó sentada á su lado en los teatros; siempre tiene alguna cosa agradable que decirle, alguna adulación que deslizarse al oído; y ella lo sabe: el hombre es egoísta, y ama sobre todo lo que le entretiene y lo que halaga su amor propio.

No teme esta mujer que ni los años ni las vicisitudes la arrebaten el sitio que ocupa en el corazón de su esposo. ¡Tan profundas son las raíces que el afecto que la tiene han echado en él! ¡Tan necesaria ha sabido hacerse á su existencia!

De estos dos ejemplos, queridas señoras, he deducido que es muy nocivo á la felicidad conyugal el aislarse con sus deberes.

Que la mujer no adelanta nada con hacerse la esclava del hombre, sino con ser su amiga, su compañera, y la que así como participa de todas sus penas, participe de todas sus alegrías.

En París está siendo objeto de la condenación general una joven que para casarse con un rico judío, ha renegado de la religión de sus padres: no ha habido ninguna presión de parte del novio, al cual el culto de su prometida era indiferente; mas esta joven, esta mujer fuerte, de la que se puede prometer tan dichosos días su marido al ver que nada respeta, ha querido dar esta prueba de ternura que nadie le pedía.

Después de todo, un traje nuevo, una nueva comedia, una religión nueva, ¡qué mas da! En resumen, al casamiento y al modo de verificarlo se le da hoy bien escasa importancia.

Como una de las cosas más raras, y que más llama la atención en la actualidad, debo citar la exhibición del color blanco, que en París se lleva de día y á pesar del frío y de la humedad. ¡Qué invenciones tan originales tiene esa deidad encantadora! Parecía lógico el suponer que el blanco crema, el blanco plata, todos los blancos, en una palabra, desaparecieran hasta que el sol primaveral volviese de nuevo á alegrarnos con sus rayos, y que entonces esas nitideces se volverían á adoptar y proseguirían su favor en los salones y teatros.

Nada de eso; el blanco desafía á la intemperie y se ostenta puro, luminoso, deslumbrador, en medio del invierno.

Los fabricantes extranjeros, ofrecen telas apropiadas

á los rigores de la estación; magníficas felpas arrasadas y diagonales, paño terciopelo, paño liso, paño labrado, todas estas telas ostentan la blancura de la nieve; se forran los trajes con seda rosa ó azul, y se hacen visitas en traje blanco, lo que armoniza con la nieve que cubre las calles de París, y que según pronósticos, muy tristes para los pobres, seguirá cayendo en abundancia.

Una de mis amigas, de la que os he hablado varias veces, señoras mías, que ha viajado mucho, y que en la actualidad reside en París, me dice lo siguiente, en carta que hace dos días he recibido:

«Tú sabes que me hallaba en Rusia, cuando las bodas de la hija única de los czares, con el príncipe Alfredo de Inglaterra: tú sabes que me trasladé con mi madre á Moscow, la ciudad santa del imperio moscovita, para presenciar la llegada de los emperadores de Rusia, que acompañados de los augustos novios y de todos sus huéspedes, fueron á disfrutar las fiestas que la gran ciudad les ofrecía.

Pues bien, querida mía, París se parece ahora á Moscow: la noche de la llegada de los czares y de su espléndida corte, señalaba el termómetro 14 grados bajo cero: eran las doce: la ciudad y el campo estaban cubiertos con un manto de nieve, blanco como el armiño, que guarnecía los trajes de terciopelo y oro de las princesas; sobre la nieve se destacaban los hermosos corceles que hacían volar los trineos: el pueblo ruso, con su pintoresco traje nacional, esperaba á su soberano, cuya llegada anunciaron la gran campana de la torre Johan y otras treinta, todas de plata, que forman una armoniosa música: en la estación, y después en el cortejo imperial, ví á Schamyl, el hijo del heroico caudillo del Cáucaso, hoy oficial de los cosacos de la guardia: al anciano Toletben, el defensor de Sebastopol: al general Kauffman, que en Khiva acaba de conquistar un nuevo florón para la corona de los czares.

Cuando los trineos, en medio de las aclamaciones de un pueblo entusiasta, tocaron el recinto de Kremlin, á las doce y media de la noche, la primera visita de la familia imperial fué á la capilla de la Virgen.

Los metropolitanos, los Patriarcas, los Popes con sus tiaras cubiertas de piedras preciosas, y sus vestiduras orientales de brocado de oro, esperaban al soberano, á su esposa é hijos, que descubiertas las frentes, se postraron y oraron con profunda humildad, ante el trono de la Madre de Dios.

Al día siguiente asistieron á las grandes solemnidades religiosas de las tres catedrales que cuenta Moscow, adorando en la Basilica, donde se consagran los Emperadores de Rusia, un fragmento del traje de la Virgen, un clavo de la cruz y el cuerpo de San Felipe, el prelado martirizado por Juan el Terrible. Y el cántico sublime de la liturgia griega, y la piedad del pueblo respondiendo á la del soberano, demostraron lo arraigado del sentimiento religioso en la nación moscovita.

«Parece, como ya te he dicho, amiga mía, que cada noche en París, vuelvo á la noche memorable de Moscow: los corceles oscuros ó bayos de los coches de lujo, se destacan sobre la nieve, cuya blancura deslumbra á la luz del gas, y cruzan rápidamente las calles, deteniéndose ante los iluminados pórticos de los teatros: allí bajan hermosas mujeres vestidas de blanco, como la nieve del pavimento, envueltas en abrigos de armiño, y cuyas pequeñas manos y torneados brazos desaparecen bajo el larguísimo guante blanco de ocho botones, que llega hasta el codo, y sobre el cual se pone un solo brazalete, que consiste en un aro de oro, tachonado de brillantes ó de turquesas.»

Para terminar esta ya larga conversación, doré á mis lectoras una noticia de verdadera utilidad é interés: en París, muchas señoras, y entre ellas algunas de gran fortuna, han tomado el partido de hacer en casa la mayor parte de sus trajes, con la ayuda de buenos patronos, y secundadas por una costurera de regular inteligencia: esta medida salvadora, ha sido adoptada casi por unanimidad, en vista de lo gravoso que era para las familias el pagar cada año á la modista una cuenta de muchos miles de reales, y á veces de algunos miles de duros.

LA CONDESA DEL VALFLORES.

Más soluciones á la charada *Alacena*, que apareció en el núm. 47 del CORREO correspondiente al 18 de este mes, por la señora Doña Susana Mier de Barrios, de Verdña; Doña Rosa Valls y Pi, de Barcelona; Doña Virginia Sandoval, de Lorca; Doña Bernarda Pazos, de Lucena; Doña Teresa San Juan, de Albacete, y los señores D. Ramon Galan y Moreno, de Torrija; D. Justo Salcedo, de Alicante, y D. Ignacio Martinez, de Madrid.

VARIEDADES.

LOS REGALOS DE PÁSCUA.

Nada más elegante y de mejor gusto en esta época del año en que se acostumbra á hacer regalos á las personas amigas, que ofrecer á las señoras algún objeto de perfumería. En el



24. Potin de crochet para niño. El punto del centro véase el núm. 4.

acreditado establecimiento *La Universal*, peluquería y perfumería de D. Antonio Royo, plaza de Santa Ana, 15, hallarán nuestras lectoras cuanto puedan desear en este ramo.

No hay nada que requiera más tacto y más conocimiento de las conveniencias sociales, que el hacer estos pequeños regalos que afianzan la amistad y estrechan los lazos de familia. Ante todo, es preciso pensar en la utilidad que puede reportar un objeto, en los gustos, en la edad y en el modo de vivir de la persona á quien se destina. Así, á una niña se la debe regalar un accesorio para baile, un abanico, una corbata, etc.; á un ama de casa un tapete para velador, una alfombrilla, un almohadon ó un mueble de laca de la India ó porcelana que están ahora tan en moda. A una señora mayor, un abrigo de punto, un calienta piés, un estuche para anteojos, una cesta para la media, etc. A un caballero, objetos de escritorio, ó bien candelabros ó vasos de Sevres ó del Japon. A un joven, los mejores regalos serán los libros, ó una cartera, una petaca, etc. También es regalo útil y serio para una joven una máquina de coser.

Las joyas solo se regalan á las señoras casadas.

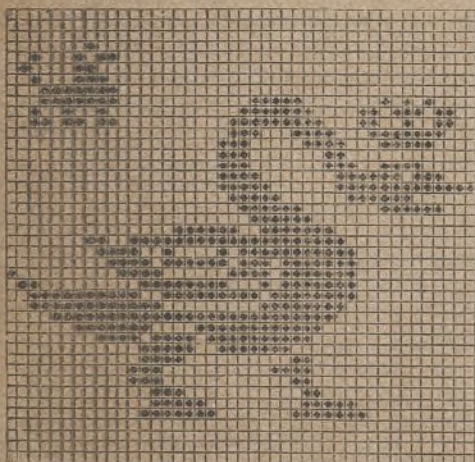
En cuanto á los jóvenes que frecuentan las reuniones, deben ofrecer únicamente á la señora de la casa una caja de dulces ó bombones. Todo otro regalo sería de mal gusto.

Es asunto este en el que en primer lugar se debe consultar al corazón, que es el que mejor puede guiarnos para hacer un presente acertado.

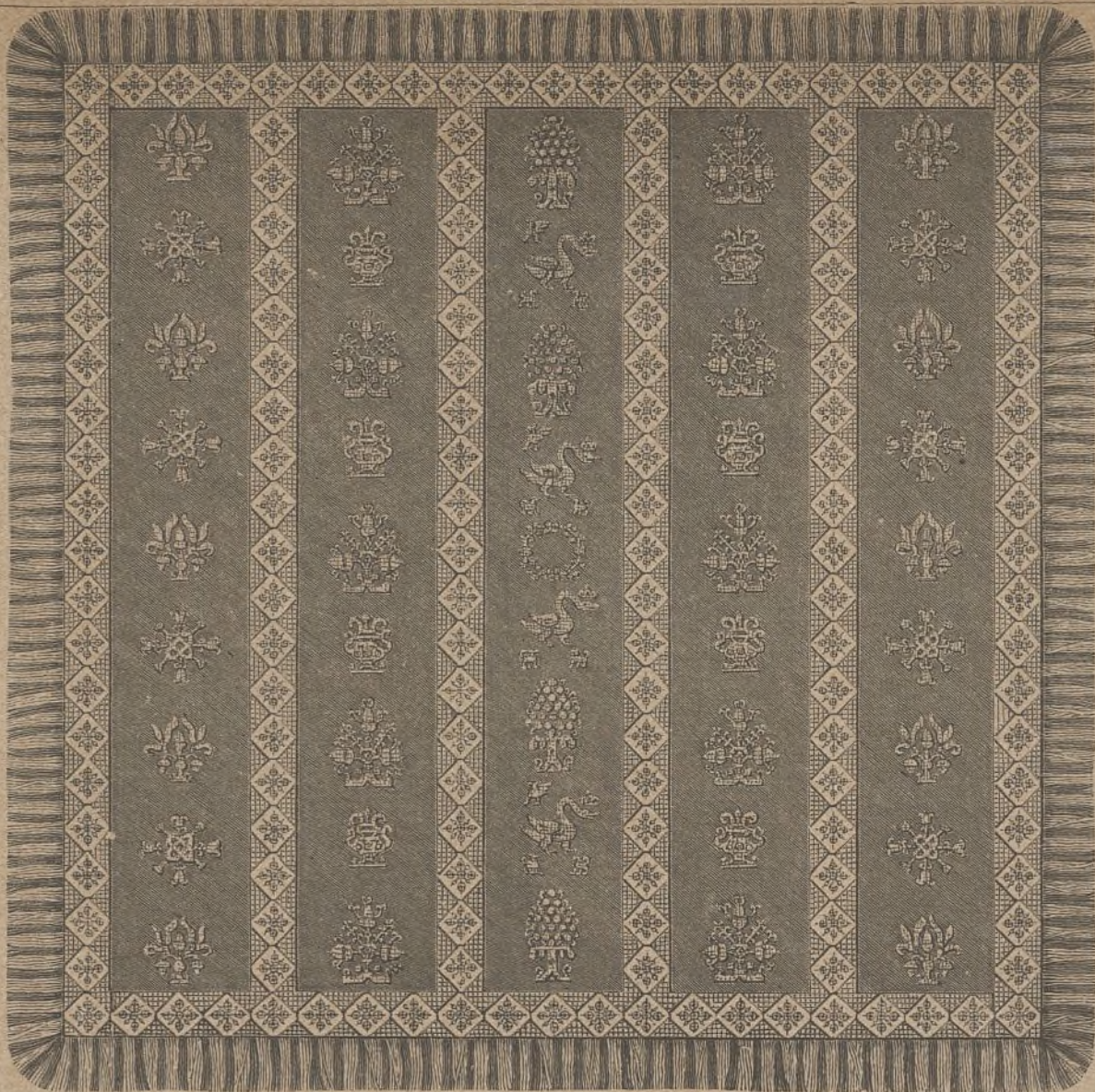
ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Habiéndonos autorizado el inspirado compositor de música D. Fermín Alvarez, para dar de regalo á las Sras. Suscritoras á la primera Edición del CORREO DE LA MODA, su preciosa canción la *Berceuse*, tan justamente celebrada, tanto en España como en el extranjero, se repartirá esta con el número del día 2 del próximo Enero. Nos apresuramos á dar á las favorecidas tan grata noticia, que debe probarlas una vez más cuán vivos es nuestro afán de complacerlas.

La acreditada casa editorial de D. Carlos Bailly-Bailliére



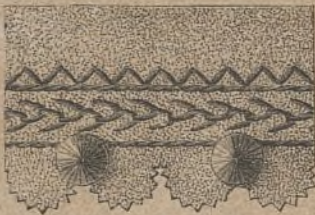
27. Dibujo para el tapete.



26. Tapete bordado. (Véanse los núms. del 27 al 29).



30. Canastilla. (Véanse los núms. 31 y 32).



31. Lambrequin para la canastilla núm. 30.



28. Tira bordada para el tapete.



32. Lambrequin para la canastilla núm. 30.



29. Dibujo para el tapete.

ha publicado un *Calendario americano para 1876*, con magníficos cromos litografiados, cuyos precios varían desde 50 céntimos de peseta hasta cuatro pesetas, y cuya adquisición recomendamos á nuestros lectores.



25. Botín para niño. (Véase el núm. 3)

LAS LLAVES

POR

TEODORO GUERRERO.

Libro sin color definido, unas veces serio, otras veces burlesco, humorístico y agri-dulce, en que la risa se mezcla con el llanto, en que la filosofía se pasea del brazo con la sátira, sin otro objeto que buscar el secreto de la existencia; problema que nadie ha resuelto, charada que nadie ha descifrado—ni el autor tampoco.

Hé aquí el índice del libro: — *Introducción.* — *La llave de la casa.* — *La llave del cuarto.* — *La llave de la despensa.* — *La llave del arca.* — *La llave del bufete.* — *La llave del ropero.* — *La llave del jardín.* — *La llave del mundo.* — *La llave del reloj.* — *La llave del salón.* — *El llavín del Ministerio.* — *La llave del oratorio.* — *La llave del fusil.* — *La llave del corazón.* — *La gonzúa.* — *La llave del ataúd.* — *Post scriptum.*

Se vende á 10 rs. en Madrid, plaza de Matute, 2, y librerías; en provincias 12 rs. remitiéndolo certificado.— Pedidos al autor, calle de Serrano, núm. 82.

EXPLICACION

del

figurin 1.198.

FIG. 1.ª — *Traje de paseo.* — Vestido Princesa, de terciopelo verde, adornado con ancho fleco de pasamanería. Pelisa de Sicilia gris forrada de vientre de petit gris, con el cual se forra asimismo la parte interior de la capucha, y guarnecida todo alrededor con una tira de skung. Sombrero de terciopelo negro, adornado con lazo de raso púrpura y largas plumas de avestruz negras y gris plata.

FIG. 2.ª — *Traje de visitas.* — Vestido de faya gros-grain marron. Los paños de delante van fruncidos transversalmente; los de detras adornados con ancho volante con cabeza y ceñidos ligeramente en pouf. Confeccion sin mangas de terciopelo del mismo color que el vestido, adornada todo alrededor con una tira de piel de zorro. Sombrero de faya ó terciopelo del color del vestido, guarnecido con cintas de terciopelo negro y pájaro encarnado. Manguito y escarcela de terciopelo guarnecidos de piel.

Las Sras. Suscritoras á la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.ª, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassl.